

# MONSTRUOS DE LA RAZÓN II

Antología conmemorativa del 2º certamen  
Monstruos de la razón





presenta

# **MONSTRUOS DE LA RAZÓN II**

Colección  Aquelarre

***Monstruos de la razón II***

***Primera edición: junio 2012***

***CSH: 9785400038635050002***

***Ilustraciones: Francisco de Goya y Lucientes***

***Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente***

***Corrección de estilo: David Jasso***

***Autores: Nacho Becerril, Ignacio Cid Hermoso, Miguel***

***Cisneros Perales, Cuervo, Magnus Dagon, Néstor Darío***

***Figueiras, Yol Fernández, N. M. Villarán, Isaac***

***González Tenreiro, Julio Igualador (Iulius), David***

***Jasso, Juan Ángel Laguna Edroso, Laura López***

***Alfranca, Sergio Macias, Miguel Martín Cruz, Manuel***

***Mije, Ángeles Mora, Ana Morán Infiesta, Fermín***

***Moreno González, Alejandro Muñoz, Virginia Pérez de***

***la Puente, Miguel Puente Molins, Sarg Bjornson y***

***Rubén Serrano Calvo***

***Edición: Saco de Huesos Ediciones***

***Paseo Fernando el Católico, 59, Esc. Der. 5ºA, 50006***

***Zaragoza***

***Más información y contacto: [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)***

***Cualquier forma de reproducción, distribución,***

***comunicación pública o transformación de esta obra***

***solo puede ser realizada con la autorización de***

*sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



# El final del verano

Sergio Macías García

EMPEZABA A ATARDECER y desde el este se levantó una brisa marina. A estas alturas del año el clima todavía era agradable, pero el invierno llegaría pronto, y con él el frío. Me encontraba sentado en la arena, observando el vaivén de las olas rompiendo contra la orilla. No recuerdo en qué estaba pensando en aquel momento, me gustaría decir que era algo profundo, existencial quizás, pero la verdad es que en los últimos tiempos los pensamientos prácticos eran casi lo único que ocupaba mi mente, así que posiblemente estaría pensando en conseguir más combustible para los generadores, o en que debíamos hacernos con ropa para el invierno. Una gaviota se posó cerca de la orilla. Oí un ruido a mi espalda y en ese momento el animal levantó el vuelo. Me di la vuelta y vi a Sara acercándose con dos latas de cerveza en la mano. Parecía más cansada y triste de lo habitual.

—Te he traído una cerveza. No está demasiado fría, pero aún se puede beber.

Cogí la lata y le di las gracias. Sara se sentó en la arena a mi lado. Durante unos minutos no dijo nada y los dos nos

limitamos a mirar cómo el sol se ponía despacio sobre el horizonte.

—Es una vista preciosa, ¿verdad?

Asentí. Sara continuó.

—¿Sabes? Recuerdo cuando aún era pequeña. Mis padres solían traerme todos los veranos a la playa. Papá hacía los castillos de arena más impresionantes que puedas imaginar. Y luego, por la noche, íbamos a la feria que montaban en el puerto cada año y comíamos perritos calientes y algodón de azúcar y Elisa y yo montábamos en los caballitos. Y era en aquellos momentos cuando deseaba que el verano no acabara nunca. Y cada año me prometía mí misma que cuando fuera mayor tendría una casita en la playa y que viviría allí feliz para siempre. —Hubo una breve pausa mientras Sara apuraba un sorbo de su cerveza—. Bastante irónico si lo piensas ahora, ¿no te parece?

—Es un sueño bonito —contesté.

—Sí, bueno, ya conoces el dicho. “Ten cuidado con lo que deseas...”

—“... Porque puede hacerse realidad” —terminé yo.

Nadie sabe cómo comenzó la enfermedad. No creo que quede ya nadie que tenga los conocimientos o recursos para averiguarlo. En cuestión de días acabó con la mayoría de la

población mundial. A veces se me ocurre pensar en posibles teorías sobre la causa de la enfermedad: un virus de la gripe que mutó, de los pájaros, de los cerdos, de un maldito rinoceronte, por todo lo que sé. O quizás un experimento del gobierno que se fue de las manos, quizás un ataque bacteriológico mal planeado por parte de los israelíes, o quizás los iraníes, o cualquier otro país. Sea lo que fuere hizo un trabajo rápido y eficaz. La tasa de infección fue de casi el cien por cien y nadie que contrajo la enfermedad sobrevivió más de tres días. Primero la tos, luego las fiebres y los vómitos de sangre y después la muerte. Ojalá pudiera decir que rápida e indolora, pero puedo asegurar que no fue así. Algunos, muy pocos, por algún extraño designio divino quizás, resultamos ser inmunes a la enfermedad. Desde que terminó todo hasta el día de hoy, un año más tarde, no me puedo haber encontrado con más de cincuenta o sesenta personas. El aspecto positivo es que apenas ha habido altercados violentos o caos por lo ocurrido. Somos demasiados pocos. El lado negativo es que no hace falta poseer un doctorado en genética para darse cuenta de que la raza humana, como especie, está condenada. Somos un número tan pequeño de supervivientes que no poseemos la suficiente diversidad genética para restablecer la humanidad de forma permanente. Los días del ser humano llegan a su



fin.

Hablamos durante un rato más. De estoy de aquello. En su mayoría reminiscencias de un pasado mejor. Sara volvió a la casa y yo me quedé un rato más sentado en la playa. Cuando finalmente oscureció, me levanté, me sacudí la arena de los pantalones y dirigí mis pasos a la residencia de verano donde, irónicamente, hemos decidido pasar el invierno. Está alejada de la ciudad, y eso significa que es una zona casi libre de cadáveres y de ese terrible olor que se te queda pegado a la piel. Mientras me acercaba, escuché discutir a Ángela y a Daniel en la cocina. Ella lo acusaba de haber roto un plato y él se defendía diciendo que era ella la que lo había dejado caer al ir él a dárselo, y me dieron entonces ganas de entrar y gritar que dejaran de discutir por un maldito plato. Que hay miles, millones de platos ahí fuera para poder romper. Pero sabía que la discusión no trataba realmente sobre eso, así que pasé de largo y continué mi camino. Mañana sería otro largo día.

¿Alguien recuerda un viejo programa de televisión llamado “La dimensión desconocida”? Era una antología de episodios, cada uno de ellos contando una historia diferente. Su temática era fantástica y cada episodio variaba entre la

ciencia ficción, el terror y a veces una combinación de los dos, culminando cada uno de ellos con un golpe de efecto, casi siempre inesperado. La serie se emitió por primera vez mucho antes de que yo naciera, pero, gracias a las reposiciones, fui capaz de verla con no más de nueve o diez años. Recuerdo un episodio en concreto, el primero, creo, que se me quedó grabado en la mente. Contaba la historia de un hombre que estaba en mitad de una ciudad completamente desierta. Se pasaba todo el episodio deambulando de un lado para otro intentando encontrar a alguien, cualquier señal de vida, hasta que finalmente se derrumbaba debido a la ansiedad, al terror y al agotamiento. Era justo entonces cuando se descubría que el hombre, realmente un astronauta, estaba en una cápsula de aislamiento, sometido a un experimento que se estaba llevando a cabo para averiguar la capacidad del ser humano para aguantar largos períodos de reclusión. A veces me ponía a fantasear e imaginaba lo increíble que sería el poder tener una ciudad entera para ti solo, y todas las cosas que serías capaz de hacer, y los sitios a los que podrías entrar sin que nadie te viera. Otras veces me imaginaba que no estaba yo solo, sino con un grupo de amigos y nos lo pasábamos increíblemente bien deambulando de un lado para otro, y no entendía la ansiedad y el miedo del astronauta que tenía una ciudad solo para él.

Ahora, mientras pienso en mañana, me acuerdo de mi ciudad vacía y de mi grupo de amigos, y recuerdo las palabras de Sara: “Ten cuidado con lo que deseas...”, y un escalofrío recorre mi espalda.

El verano llega a su fin, y con él las risas, la diversión y los castillos de arena en la playa. Se aproxima un invierno que posiblemente nunca acabe, o que quizás ya está aquí y aún no nos hemos dado cuenta. Sea como sea el verano se acaba, y una vocecilla en mi cabeza me susurra con voz certera que me despida de él, porque no volveré a verlo nunca más.

# Hijos de Peter Pan

Juan Ángel Laguna Edroso

*LLEGÓ EL FUTURO que miles de generaciones de pacifistas habían soñado, el Reino de los cielos que denominaron otros. Abolidos los ejércitos, olvidadas las guerras, repudiado el trabajo y sin necesidad de responsabilidades, solo quedó el disfrute hasta el hartazgo.*

Cupido entró en el local silbando una tonadilla melancólica. Hacía días que no conseguía despegársela y tenía la impresión de que estaba minando algo en su interior. No obstante, cuanto más pretendía luchar contra ella, con más insistencia volvía a sus labios. Al final, decidido a obtener al menos una victoria pírrica, concluyó que lo mejor sería sentarse a charlar con alguien.

Como marcaban los cánones del firmemente instaurado estilo *neopanhelénico*, la sala estaba articulada en torno a un *impluvium* artificial que los visitantes podían utilizar a modo de piscina. Alrededor del mismo se habían creado varios espacios, más o menos relajados e íntimos, para que la gente se dispusiese en grupos o en solitario. Las trampillas de

distribución de bebida y comida salpicaban el suelo por doquier para evitar que la gente se congregase en puntos estratégicos echando a perder el conjunto.

Tras un rápido vistazo, Cupido se dio cuenta de que, a pesar de la aparente variedad étnica y de vestimenta, sus posibilidades eran más bien reducidas, así que se acercó a un grupo indeterminado de gente en el que, aparentemente, predominaban las mujeres.

—Salud para todos —saludó alzando la mano lánguidamente—, mi nombre es Cupido.

—Eros —respondió un mulato ataviado con un colorido y amplio conjunto de corte *neoafricano*—. Siéntate con nosotros y comparte nuestra conversación.

Dos muchachas gemelas, de marcadas facciones orientales y vestidas con vistosos conjuntos de plumas y pieles de cebra, le tendieron sonrientes un par de cuencos, uno con una densa bebida anaranjada y el otro con gajos de cítricos. Cupido los tomó complacido.

—Debatíamos —intervino un joven de cabellos rizados que estaba totalmente desnudo y ebrio— sobre el nuevo tren intercontinental. Al parecer circula demasiado rápido para poder disfrutar del viaje. Hay quien opina que, precisamente por ello, garantiza el derecho universal a viajar.

Cupido se dio cuenta rápidamente de que la conversación

estaba bien avanzada y las posiciones afianzadas. Tal vez su opinión permitiera darle un nuevo enfoque al viejo tema del medio y el fin.

—El derecho al viaje es totalmente absurdo —terció una robusta mujer cubierta de tatuajes— cuando el mundo entero se ha convertido en una copia de sí mismo. ¿Qué interés tiene ir hasta Shangai si allí encontraré lo mismo que en Toulouse? En otros tiempos la gente tenía amigos, gente a la que apreciaba por encima de los demás y que justificaba la necesidad de viajar. También tenían vínculos familiares.

La mayor parte del grupo rió alegremente, como inconscientes campanillas. Las referencias a los tiempos antiguos solían resultar jocosas en sí por lo incomprensibles que resultaban.

—Bueno —intervino Cupido dispuesto a dar, como de costumbre, una nota picante a sus conversaciones—, en aquella época existían otros viajes que no eran de placer.

—Sí, claro —le secundó el muchacho desnudo dedicándole una mirada lasciva—; las investigaciones científicas, los trabajos, las guerras y todas esas cosas —enumeró vagamente sin tener muy claro el significado de esos conceptos—. ¡Qué suerte haber nacido en esta época en la que no hay que trabajar! —exclamó con fingido alivio—. ¡Benditos robots que nos dejan todo el tiempo para lo que

cuenta!

—Bueno, los robots no lo hacen todo solos —terció con candidez una de las gemelas para captar la atención, de nuevo, del joven desnudo—. También están los científicos.

—Ya, como los del estudio de las sombras —interrumpió Eros desatando una carcajada general. Después, a los gritos animados de “cuéntala de nuevo”, el mulato entonó por tercera vez en aquella velada la historia que había leído, semanas atrás, en una revista divulgativa—. Resulta que un grupo de científicos ha descubierto que las sombras no son un efecto físico, sino un parásito que nos succiona la luz circundante. ¿No es escalofriante?

Cupido sintió, al terminar la breve anécdota, cómo su desazón aumentaba. Era la misma sensación que le había causado la persistente tonadilla. Era una impresión vaga que le corroía por dentro. Después de beber un largo sorbo de su cuenco de bebida anaranjada se animó a luchar contra esa sensación de un modo activo.

—¿Y no creéis que alguien debería hacer que estudiaran cosas más importantes?

Como si aquello hubiera sido un chiste, todo el grupo estalló en carcajadas.

—No entiendo qué quieres decir —comentó el joven desnudo mientras, al mismo tiempo, se reclinaba sobre una

de las gemelas para besarle suavemente en el cuello—. Arte y disfrute —entonó con un cierto histrionismo antes de arrebatarse de un mordisco una pluma a su pareja—. ¿Por qué no sería importante estudiar a las sombras? Su oscuridad es una forma de arte. O de ausencia de arte.

—No sé —terció Eros para seguir escuchando su propia voz, para notar su efecto estético sobre el auditorio—. Los robots se encargan de la comida y ya no se han vuelto a detectar casos de agresividad desde hace un siglo. ¿Qué podríamos necesitar investigar?

Cupido, aunque se sentía de acuerdo de un modo racional con la idea expuesta por el joven, sentía que algo no encajaba. Algo no iba bien. Algo no iba bien con la tonadilla. Algo no iba bien en su cabeza. Algo no iba bien en el mundo.

Echó una mirada a su alrededor para buscar un ejemplo más tangible, algo en lo que sostener su tesis, pero el local *neopanhelénico* no daba muchos asideros. La gente semidesnuda, las columnas imitando el estilo griego, los infatigables distribuidores de comida y bebida, los vomitorios, los jóvenes retozando sin complejos, los animales, ni salvajes ni domesticados, remoloneando en torno a los hombres, las suaves ondas en la piscina cubierta de nenúfares... nada parecía cuestionable.

El suyo era un mundo sin crímenes, sin trabajos, sin



preocupaciones. Solo arte y disfrute. Libre, sin límite ni cortapisas. Pero aquella tonadilla no iba bien.

—Bueno, tal vez deberían estudiar enfermedades —aventuró—. Es lo que hacían antes los científicos.

Eros, que era ya prácticamente el único interesado en el tema, se le acercó un poco más y le dio de comer un gajo de naranja mientras le decía, algo burlón:

—No serás de esos que cree que la gente no vuelve de los tanques de recuperación... —Y después, como queriendo mostrarse conciliador, por si esa fuera la realidad, añadió—: hay que tener en cuenta que es raro volver a encontrar a la misma persona después de un tiempo. Todo el mundo se mueve, cambia de ambientes. No es que los robots los reciclen en salchichas.

Cupido bebió un poco más del líquido anaranjado antes de intentar retratar lo más nítidamente posible aquello que le molestaba.

—Tengo la impresión de que erramos sin sentido. ¿Realmente cambiamos de ambientes? El mundo ofrece lo mismo en todos lados. La gente parece cogerle más cariño a los monos —exclamó al ver a un macaco que se acercaba al grupo— que a los otros seres humanos. *Una cara para cada noche* —citó el refrán popular.

—¿Y tú querrías ser mi cara de esta noche? —le invitó

Eros algo aburrido ya de la divagación filosófica. Como buen hombre de su tiempo, al mulato le resultaba complicado centrar su atención demasiado en un tema. Por eso sus anécdotas eran cortas, acordes a su personalidad voluble.

Cupido, por el contrario, no conseguía abandonarse a ese placentero cambio perpetuo dentro de la jaula de oro. No desde que la melodía melancólica se instalara en su cerebro con una perseverancia que ya no existía en ningún campo de su civilización. Incapaz de desterrar la desazón de su ser, se levantó y abandonó a sus recién conocidos acompañantes.

—Salud para todos. Creo que me voy a retirar —dijo con una lánguida nota de tristeza en la voz.

Eros, sin perder la sonrisa por un instante, se volvió hacia el escalón en el que el joven desnudo retozaba con las gemelas. Sin sentirse apenas contrariado por el rechazo del otro joven, se unió al trío.

En las terrazas exteriores hacía un poco de frío, por lo que Cupido decidió buscar un lugar cubierto donde dormir, o al menos donde tumbarse. Hacía mucho tiempo que los espacios privados se habían abolido. Dado que el servicio de limpieza prestado por los robots era comunitario, no tenía sentido conservar viejos conceptos como la propiedad particular. Desde hacía siglos, la gente dormía en donde le venía en gana. Algunas veces tenían pesadillas en las que

monstruos les atacaban, pero no era algo que no se pudiera solucionar con un cambio de dieta y algunas distracciones. Después de todo, hacía mucho tiempo que no se detectaban comportamientos violentos. ¿A qué servirían, si todo estaba disponible para todo el mundo?

Todavía acosado por el influjo de la pegadiza melodía melancólica, Cupido se subió las solapas de la chaqueta y comenzó a descender unas escaleras. Al poco rato decidió cambiar de camino: un pequeño macaco golpeaba con saña un coco contra los escalones, los ojos brillando en la oscuridad. Por un momento, al ver al animal, sintió cómo la desazón se acrecentaba en su pecho. No hubiera podido decir por qué, pero tenía la impresión de que aquel simio tenía algo de lo que el carecía. Y era algo mucho más relevante que un coco.

# Guerra arbórea

Fermín Moreno González

—

A LOS DOS kilómetros del poblado alienígena, el terreno empezaba a elevarse en una suave pendiente, y aquí y allá comenzaron a verse algunos fragmentos de roca, en tanto el bosque de bananos, majestuoso, espigado y maloliente dejaba paso de forma abrupta a los árboles bikulo, retorcidos, achaparrados, pegajosos por la constante exudación de resina, de fruto incomedible y sin duda con alguna virtud muy bien oculta. Había algo extraño en aquella falta absoluta de transición entre unos árboles y otros, y una tensión que se palpaba en el ambiente, siempre que uno tuviera raíces, tronco, copa y bastante paciencia. De hecho, como el lector habrá intuido, detrás de todo ese inmutable estar ahí y agitar las hojas hay una historia plena de acción, amor y odio, escaramuzas sangrientas y despliegues estratégicos. Para ser sinceros, amor lo que se dice amor, más bien poco. Cuando uno suelta sus esporas reproductoras como si fueran caspa para que fertilicen por su cuenta a una pareja desconocida a tres mil kilómetros sin siquiera ser antes presentado formalmente a la familia, tiende a ser

bastante pragmático y con los pies en la tierra en ese sentido. Más aún si sospecha que su distante media naranja, como hacen todas sus vecinas, se la pega con cualquier insectucho.

No obstante, seguro que el amable lector prefiere seguir adelante con la trama principal. El narrador es todo oídos, aunque como es el caso, sus orejas sean bastante bien proporcionadas.

¿He oído un «no»?

A lo largo de los últimos dos mil millones de años, milenio más o menos, había estado librándose en la sombra una implacable batalla arbórea oculta y silenciosa en el planeta Gonadín; tan oculta y silenciosa que interesados aparte, nadie más se había enterado.

Otrora, que ya es decir, bananos y bikulos compartían el mismo hábitat en paz y armonía. Los jóvenes de ambas especies pasaban el rato compitiendo de buena lid rama con rama para levantar cabeza por encima del irregular dosel arbóreo y coger de paso un poco de tono al calor de la estrella Globulina XVII. Los mayores echaban animadas partidas de mananca<sup>1</sup> y departían sobre unos monzones que ya no eran lo que eran o bien se quejaban de una parasitosis que los llevaba por la calle de la amargura, e intercambiaban

referencias sobre insectívoros de confianza, que picapostes de tres al cuarto sin titulación los había a patadas.

Una estampa idílica que por desgracia vende poco comparada con los cromos de futbolistas, seres sobrenaturales imaginarios con foto y currículum, o mindundis de buen ver que hacen como que cantan, con lo que el Quiosquero Celestial acaba dejando las de esa remesa en un rincón del sótano para alegría de los lepismas inquilinos.

Así, el siglo menos pensado, bananos y bikulos partieron peras por un quítame allá esas raíces, y la cosa degeneró en violencia. Empezaron a brotar grupos de bikulos haciendo el vacío a un solitario banano, que acababa muriendo en medio de una tierra yerma sin nada que echarse a los rizomas, en venganza por lo que habían oído sobre unos bananos tratando de hacer sombra a un pequeño bikulo. Hubo fulgurantes incursiones por sorpresa en las que una partida de aguerridos bananos se adentraba en territorio enemigo en una ladina maniobra envolvente dejando bolsas aisladas de enemigos en cuestión de apenas diez lustros, contestadas por bikulos kamikazes especialmente entrenados para crecer mucho y venirse abajo sobre un soto de pimpollos bananeros.

Con el tiempo los bikulos se especializaron en el cuerpo

a cuerpo, desarrollando musculosos zarcillos y retorciendo su tronco en escorzos dalinianos hasta ahogar al oponente en una presa mortal, a la par que le sorbían los jugos vitales.

Superados en combate, los bananos pusieron a investigar a lo más florido de su intelligentsia respondiendo a su vez mediante la guerra química, impregnando el subsuelo con diversos venenos naturales mortales para sus contrincantes, pero por lo demás biodegradables y respetuosos con el medio ambiente, y muy en especial con los bananos mismos.

En el presente, la lucha prosigue encarnizada, y el bando bikulés parece estar llevando las de ganar con los nuevos métodos de guerra psicológica que está aplicando para asegurarse de que ningún brote bananero ocupe territorio bikulo.

—Hace buen día hoy, ¿no? —dice un bikulo del grupo que rodea al joven banano.

—Ah, hola. Sí.

—Apetece tomar el sol y sorber nutrientes, ¿eh?

—Sí.

—Igual que ayer —interviene otro de los bikulos.

—Y anteayer —comenta otro.

—Y el milenio pasado —abunda un cuarto.

—Tiene que haber algo más en la vida que echar raíces —remata un quinto.

—No lo había pensado —reflexiona en voz alta el pimpollo de banano.

—A veces sueño con que me desarraigo y voy rodando en pos de nuevos horizontes —dice entonces el primer bikulo.

—Escribir un libro, eso sería bonito —suelta el segundo.

—O plantar un hijo —suspira el tercero.

—¿Cuál es la razón de nuestra existencia? —pregunta con intención nada retórica el cuarto.

—¿Somos libres de elegir nuestro destino?

—¿Acaso uno no se define como árbol en virtud de sus acciones y el sentido de sus elecciones vitales? —deja caer el primero ya lanzado.

—Si tú y yo hacemos exactamente lo mismo, ¿por qué existimos los dos? —concluye cualquiera de los otros cuatro.

Luego los bikulos guardan un calculado silencio de diez o veinte años, se despiden y se dedican a sus cosas. El joven banano experimenta por primera vez la angustia existencial y entra en una profunda depresión mustiándose. La intendencia bananera está tratando de paliar el problema con grupos de terapia a distancia que se mantienen en contacto vía topo, mientras idea una forma de hacer llegar hasta los afectados unos nuevos frutos modificados sabor banana split con doble ración de chocolate.



1. Juego de habilidad consistente en atinar al mayor número posible de bichos con el propio fruto en un tiempo límite establecido, por lo general de cien años.

# Ácrono

Manuel Mije

ENTONCES SE VUELVE hacia mí. Sus ojos brillan, aunque no sabría decir con qué emoción. Mis dedos se posan sobre el cierre de la cajita.

Ya queda menos.

—Dime, ¿qué quieres que haya dentro de la caja? —digo mi entrada.

—Esto va en serio, ¿verdad? —llega la réplica.

—Me has pedido una demostración.

—No puedo creerme que aún sigas con esta estupidez.

—Por favor.

—De acuerdo. Quiero que ahí dentro haya... un duro de plata, de aquellos de Franco. ¿Sabes a qué me refiero? —me reta con la mirada.

—Sí.

Durante unos instantes no sabe qué decir. Mira la moneda, la toca y la saca de la caja. Cuánto cuesta creer aquello que no se quiere creer.

—Es un truco —dice por fin. Yo no le contesto—. ¿Pero cómo?

Ahora sí reconozco la emoción tras su mirada. Sabe que no es un truco.

—¿Me escucharás ahora?

—Llegas a mi casa a las tantas, después de un mes sin dar señales de vida, contando estupideces sobre premoniciones y...

—Eso no importa ahora —la interrumpo.

—¡Héctor!

—Tienes que hacerme caso, por favor. No subas a ese avión.

—Pensaba que eras un cabrón por lo que me habías hecho, ¿sabes? Ahora lo que creo es que eres un... puto loco.

—No. Debes creerme, debes confiar en mí.

—¿Ah sí? Demuéstramelo —se burla.

—¿Aún conservas el sobre que te di antes de marcharme? —Sí.

—... Sí.

—¿Lo abriste? —No.

—... No.

—Ábrelo. Dentro hay una pequeña cajita, acércamela... Es lo único que se me ocurrió —contesto a su nuevo gesto de perplejidad.

—Solo prométeme que no subirás a ese avión.

—Te prometo que no lo haré. Pero no te marches. No me dejes otra vez. Por favor. Te pase lo que te pase, lo superaremos juntos.

—Lo siento. No es por ti, te lo aseguro. No puedo.

—¿Y cómo sabes que no subiré a ese avión si te vas? — me grita, entre lágrimas, cuando ya estoy a la altura de la puerta.

—Lo sé.

El detective y el celador la guían por los pasillos del tanatorio, hacia las cámaras refrigeradas. El olor a antiséptico, el frío de las estancias, la hiriente luz, todo se suma a la sensación de irrealidad que la embarga desde que la policía la llamó para darle la noticia.

Se detienen en algún lugar indeterminado. El celador consulta el registro de entradas, comprueba el número y abre una de las cámaras.

—Señora Riboll, por favor, ¿puede confirmarnos la identidad del fallecido? —inquire el policía, con delicadeza. Ella permanece con los ojos cerrados—. Señora Riboll, por favor, ¿puede confirmarnos la identidad del fallecido? — susurra a su oído de nuevo la frase. Y ella en ese momento abre los ojos. Lo mira todo con extrañeza durante unos

segundos, y cuando lo ve, grita.

Aquí, sumergido en la tibieza del agua, me dejo llevar por el sopor. Suavemente, lentamente. Mi vista se va oscureciendo, se acerca el final. Sé que debí haberlo intentado por ella, pero nunca me sentí con fuerzas.

De todas formas la decisión ya fue tomada en algún momento, y ejecutada en otro. Solo restaba ver cómo era el final.

Plácido. Los remordimientos quedan atrás.

Sé que sufriré, pero al menos la he salvado. Eso ha sido lo único bueno de toda esta locura. Lo único a lo que realmente he deseado anticiparme.

El avión se estrellará, pero tú no estarás dentro.

Sé que mi historia les parecerá cuanto menos extraña, así que comenzaré por el principio, por un increíble e incomprensible principio: hace más de un mes que doy saltos periódicos en el tiempo, de manera aleatoria y totalmente incontrolada, hacia delante o hacia atrás. Es como si mi vida, el resto de mi vida, se hubiera dividido en partes, en momentos que consumir desordenadamente hasta llegar al final. Y lo peor es que son las partes de un guión ya escrito, un destino fijo. Me he convertido en un mero testigo de mi

propia existencia, privado del libre albedrío.

El porqué, el cómo, son preguntas para las que jamás encontraré respuesta. Ahora mismo me dirijo a casa de alguien. La persona a la que más quiero. La persona a la que haré más daño. Y sé que ya he estado allí, y que la he salvado, y que le he roto el corazón una vez más. Y ahora sé por qué guardé aquella moneda en la caja, y la caja en el sobre, el sobre cerrado que dejé en su casa cuando la abandoné porque no quería mezclarla con mi sufrimiento.

Porque también sé que ya estoy muerto, que no fui capaz de soportarlo y huí como un cobarde. Porque sé que la he hecho sufrir, y no puedo soportarlo.

Ahora mismo me dirijo a casa de alguien. La persona a la que más quiero. La persona a la que haré más daño. Y solo me falta consumir hasta el último de los momentos que aún no he vivido.

Hasta el último.